

“De día, trabajando; de noche, *pasando*”. El contrabando como experiencia social y como resistencia

Pedro LIMÓN LÓPEZ
 Universidad Complutense de Madrid
 silencebob@hotmail.com

Dulce Freire, Eduarda Rovisco e Inês Fonseca (coords.) (2009) *Contrabando na fronteira luso-espanhola*. Lisboa: Edições Nelson de Matos, 328 pp. ISBN 978-989-8236-10-4.

Desde la creación del Estado moderno, el contrabando ha constituido un elemento de importancia capital en la vida cotidiana de las poblaciones fronterizas, contesando, reproduciendo o redefiniendo esa condición de las fronteras como límites y como puntos de unión entre la interacción y la organización social. A lo largo de los últimos años, tanto el énfasis dado a los “procesos de globalización” como los distintos procesos de integración regional han implicado una nueva atención a las fronteras en tanto que elemento de *separación* y, sobre todo, de conexión e identificación social y política.

El caso de la *Raia/Raya*, la zona fronteriza existente entre Portugal y España, muestra que ni los cambios socio-políticos son tan “inmediatos” como pudiera parecer a tenor del hincapié hecho en el “fin de las fronteras”, ni tampoco antes de los procesos de integración comunitaria las fronteras estaban exentas de porosidad, o incluso cómo surge una construcción de una identidad común en torno al contrabando basada en la clandestinidad, como en el caso de las poblaciones *rayanas*.

El trabajo que se reseña a continuación es una compilación de investigaciones desarrolladas en los últimos años en la *Raia* portuguesa-española que pretende dar cuenta de algunos de los cambios producidos en la idea del contrabando de modo paralelo a las transformaciones en los significados sobre las fronteras, así como de la resignificación que ha tenido el mismo, al pasar de ser un “recurso material” en sí mismo a constituirse en recurso discursivo, especialmente en la construcción de una *memoria* vinculada al patrimonio cultural.

En la primera parte del libro se alude a los cambios producidos en la práctica contrabandista en tanto que actividad socio-económica fundamental y de resistencia frente al Estado. Paula Godinho contrapone a la visión estadocéntrica del contrabando una perspectiva de las poblaciones, para las cuales es una estrategia de supervivencia y un complemento a la actividad agrícola integrada en una ética de subsistencia del campesinado.

A partir de un estudio desarrollado en las tres últimas décadas en la zona la autora revela la especificidad y porosidad generada en ambos lados de la frontera. Lo

que da continuidad al contrabando como actividad social es que su *ilegalidad* se articula contra el Estado, no contra la propiedad de individuos ni colectivos sociales locales. En lugar de practicarse e imaginarse como un “fraude” contra el Estado, lo que se articula en torno al contrabando es una forma de vida basada en relaciones de confianza generadas por la solidaridad de la clandestinidad, redefiniendo las representaciones oficiales del contrabando y haciendo posible una práctica y una concepción del mismo no necesariamente conflictiva con aquéllas que lleva en ocasiones a constituir una “memoria heroica en torno al mismo” (p. 49).

El capítulo de Lanero, Macho y Gallardo, muestra cómo la escasez y el incremento de las restricciones fronterizas a partir de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial no frenaron el uso de las rutas y redes de contrabando. Redes que, permitiendo el paso de los refugiados españoles, generaron una dinámica alrededor de la figura del “refugiado político” que modificó la *economía moral del campesinado*, tanto en términos de beneficios económicos inmediatos como de conciencia política y de las consideraciones sobre las representaciones sociales o la justificación moral del contrabando. Los autores señalan la existencia de distintos modelos de contrabando, desde los modos más vinculados a la subsistencia hasta un contrabando empresarial que no supone sino una reproducción o profundización de la estratificación social.

Eduarda Rovisco examina las prácticas y discursos existentes acerca del contrabando en el concejo de Idanha-a-Nova en Portugal. A partir de documentación de archivo de la Guardia Fiscal referida a las décadas de los 1940, 1950, 1960 y 1970 la autora analiza las diferencias existentes entre los distintos agentes sociales que intervinieron en las prácticas de contrabando, los que transportaban la carga y quiénes se encargaban de *distribuir*la o, especialmente, entre contrabandistas y las autoridades portuguesas. En última instancia, pone de manifiesto que, a pesar de las diferencias encontradas en los discursos de los mismos, el contrabando constituía un factor fundamental en la mejora de las condiciones de vida de las poblaciones *raianas/rayanas* que difícilmente podía ser reprimida completamente por la vigilancia del Estado.

Otra vuelta de tuerca la encontramos en el capítulo de Eusebio Medina García, que observa los cambios de significado de la frontera de Extremadura con Portugal a lo largo de la Historia (en Caya, paso de Piedras Albas-Segura y Valencia de Alcántara-Portalegre/Marvão), en función de los ríos de la frontera y las vías de comunicación terrestre con Portugal. A partir de la premisa de que es la frontera la que confiere al contrabando, propone una continuidad del contrabando entre “España y Portugal” que estaría en consonancia con el comercio como complemento de la economía autoorganizada de subsistencia, desarrollándose desde el siglo XIV como

contestación frente al control formal que habrían impuesto sendos Estados desde el siglo XVII¹.

La segunda parte de la obra se centra en la producción, negociación y contestación de las identificaciones ahormadas alrededor del contrabando y, especialmente, de la *memoria* del contrabando. Dulce Simões enfatiza la influencia de la línea imaginaria sobre las identidades locales y nacionales a modo de tensión entre el sentido ambiguo de la frontera, como límite “frente a” y como fuente referencial o sentido metafórico de unión entre comunidades que daba un sentido de comunidad practicada e imaginada. Distingue entre el “contrabando de comer”, ampliamente aceptado como ayuda de la economía doméstica de supervivencia, y el comercio de exportación como organización del trabajo subordinado al contrabando, pero subraya cómo ambas formas se entrelazaron para dar pie a una institucionalización social del contrabando que, sobre una base de vecindad y amistad, hizo posible las relaciones de confianza, lealtad y clandestinidad como elementos determinantes y como base de esa normalización del mismo: “de noche el contrabando, de día, el trabajo”. Lo que propone la autora es que, a pesar de estar entrelazadas, en último término existe una dependencia y una utilización de la posición o el status social de cara al contrabando que difícilmente concuerda con la noción del mismo como una actividad *de resistencia* en sentido amplio. Por supuesto, el contrabando *contesta* de algún modo la regulación estatal formal, pero eso no significa que las actividades ligadas al contrabando no dependan de una situación de desigualdad social.

Como apuntan José María Valcuende y Rafael Cáceres, la dualidad del contrabando como estrategia de subsistencia de los actores locales *frente* al Estado y, a su vez, como “un trabajo más”, no nos debe hacer olvidar las diferencias establecidas en torno a distintos elementos sociales que intervienen en el mismo, como es la división sexual del trabajo reproducida a través de las prácticas contrabandistas, quedando el tráfico profesional y el control del gran contrabando en manos de los hombres, y el pequeño tráfico cotidiano en manos de las mujeres. Es este último elemento el que, ligado a definiciones morales de lo cotidiano, se impondrá al “gran contrabando” y dará lugar a la resignificación posterior del contrabando. Analizan cómo han ido cambiando los significados en torno al contrabando y la frontera, y también cómo se produjo una vinculación discursiva entre la figura del contrabandista y el “otro nacional” (especialmente en España, del “portugués”) que pasaba del vínculo con la marginalidad y la pobreza extrema a la recuperación del mismo y de las fronteras como un recurso económico y simbólico en la identificación socio-cultural, poniendo de manifiesto la centralidad de un relato construido desde el presente hacia un pasado del contrabando no sólo mitificado sino unitario.

Inês Fonseca y Dulce Freire recogen una serie de discursos en torno al contrabando como resistencia cotidiana y de las diferencias existentes alrededor de la

¹ No creo que pueda dársele una explicación “moderna” o estatal a un contrabando pretendidamente “anterior” al Estado, porque como bien dice el autor las fronteras estatales son constitutivas de la misma práctica contrabandista.

memoria del mismo. Para ellas, la resistencia a partir de actividades cotidianas es posible porque eluden la confrontación directa y por la remuneración recibida por esa resistencia; en el caso del contrabando se daba tanto una resistencia al control fiscal como un beneficio familiar. Así, se produciría una resignificación del contrabando desde esa misma resistencia que no tiene tanto que ver con una subversión consciente del orden social, sino, más bien con una revaloración de los contrabandistas en torno a una identificación de tales individuos como ejemplos de dignidad humana.

Como señala José Neves, la construcción de una imagen idealizada del contrabandista se hará a partir de las características físicas y las representaciones persistentes del contrabandista en la literatura de Álvaro Cunhal, que plantea la crítica de la mercantilización y la reivindicación plebeya de la figura del militante comunista, una figura indefinida e imprecisa que deviene heroica y arriesgada, encarnada en la imagen del pasador, ideal masculino y pobre del contrabandista.

La reconstrucción simbólica de la memoria del contrabando a partir de representaciones sacralizadas de la identidad asociada a los procesos ligados al turismo y el *patrimonio cultural* como producto social, es lo que ocupa a Luís Silva y Luís Cunha en sus artículos. El primero muestra cómo la *democratización* y la *ruralización* del patrimonio cultural (alrededor de esos productos llamados turismo rural) implican la transformación de un valor cultural en uno comercial. Cómo el contrabando pasó de ser un recurso *material* a uno narrativo, resignificándose a través de un agente idealizado e idealizante del propio contrabando. La construcción de una identidad colectiva es aquí indisociable de la fabricación de un producto cultural, donde “la activación del pasado es un correlato de la producción de identidades colectivas, que no es sino hecha por personas concretas con el poder de decisión y selección de símbolos representativos de las comunidades” (p. 274). En este proceso se produce una *objetivación* de la memoria local a través de las instituciones políticas y, al tiempo, una *subjetivación* de esa identificación al convertirse en testimonios de la historia, la cultura o la riqueza local. Se recrea la memoria del contrabando a partir de las “rutas del contrabando” como producto turístico, y se reconstruyen las identidades colectivas en torno a esa “cultura de frontera y de contrabando”.

En el caso de Cunha, el análisis recoge una síntesis de los procesos analizados a lo largo del libro y una interpretación del contrabando como “explicación del mundo”. En efecto, el cambio experimentado por éste, de recurso material a recurso narrativo, se expresa principalmente como forma de pensar(se) la relación con el mundo y el tiempo. En tanto que los modos de percibir y experimentar el mundo dependen de la capacidad narrativa para producir sentido y generar reconocimiento, el autor se pregunta acerca de las formas en que se construyen narrativas ejemplares y “narradores verdaderos”, las cuales incluyen procesos de aprendizaje insertos en los hábitos de la memoria colectiva que reconstruye y redefine una metáfora del mundo a través de cómo se vive el mismo *desde* la frontera. Desde esta perspectiva se esboza una crítica a determinadas idealizaciones del contrabando, ya que lo que

se produce es un discurso acerca del contrabando y sus agentes sociales centrado en torno al coraje, el sacrificio, la represión, etc., por encima de una visión compleja del mismo. No se consideran, dirá, ni las diferencias en las distancias del contrabando ni ciertas actitudes tolerantes llevadas a cabo por las autoridades aduaneras, ni aun las conexiones existentes entre la memoria y las representaciones institucionales.

En este sentido, la explicación de la idealización del contrabando como resistencia se enmarca en esa producción de sentido en la que confluye la legitimación institucional por un lado, y la selección normativa de la memoria histórica por otro. Pero la reconstrucción de una/s narrativa/s en las que el contrabando se transforma en “un tipo único” de relación social, la de *resistencia contra el Estado*, obvia el carácter paradójico del mismo, por su *necesidad* de legalidad estatal y el desarrollo de una praxis rutinaria normalizada cuya *informalidad* se constituye a partir de un reconocimiento y producción formales por parte del Estado.